

EL LEGADO DE CÉSAR PACHECO VÉLEZ - Conversatorio

*José Agustín de la Puente Candamo,
Percy Cayo
José Luis Sardón*

César Pacheco Vélez (1929-1989) fue profesor principal de la Universidad del Pacífico, que recientemente publicó su obra *Ensayos de simpatía*. Para comentar el legado de César Pacheco Vélez, y especialmente esta última obra, el Comité Editorial de esta casa de estudios convocó al conversatorio que transcribimos a continuación. Éste se realizó en el Centro de Investigación de la misma y contó con la participación de profesores universitarios de distintas generaciones que conocieron a César Pacheco Vélez.

José Agustín de la Puente Candamo
es profesor principal de la Pontificia Universidad Católica del Perú y
actual director del Instituto Riva-Agüero.

Percy Cayo
es profesor principal de la Universidad del Pacífico.

José Luis Sardón
editor de *Apuntes*, actuó como moderador.

José Luis Sardón: Quisiera empezar tocando el punto de los temas que ocuparon a César Pacheco Vélez como historiador e intelectual. Pienso que uno de sus grandes temas fue el de las generaciones. A César se le podría entender, sobre todo, como un historiador de las ideas. Buscando una referencia a su trabajo, creo que un símil interesante es el de Isaías Berlín. ¿Están de acuerdo?

José Agustín de la Puente: Bueno, con las respectivas diferencias de ambiente, sí. Sin embargo, para situarlo más en la tradición nuestra, yo lo compararía con un hombre, distante de nosotros, pero que tuvo el mismo gusto y las mismas aficiones de César: Jorge Guillermo Leguía.

Leguía perteneció a la llamada Generación del Centenario. Trabajó mucho un tema que hoy día se investiga bastante, pero que en su tiempo se trabajaba poco: el pensamiento de los precursores, la ideología de la independencia.

Es una analogía distante, pero creo que es válida. Leguía se apartó de la historia política, de la historia de las figuras heroicas, para estudiar los temas del pensamiento y de las actitudes sociales. Ésta podría ser una comparación plausible dentro de la historiografía peruana.

Estoy de acuerdo, en buena parte, con lo que dice en relación a que fue un historiador de las ideas. César buscaba la analogía como función de ideas comunes. Hizo historia sobre

reflexiones, sobre posiciones sociales o intelectuales comunes.

Sí, creo que es exacto decir que fue un historiador de las ideas.

Percy Cayo: Yo creo que los temas por los cuales transitó César son variados. Cronológicamente, el primero fue el de la independencia. En eso, la influencia de José Agustín, que fue maestro de César en la Universidad Católica, en la Plaza Francia, fue decisiva. Alguna vez César ha recordado esto.

Pacheco empieza por el tema de los precursores y luego va a la búsqueda de la ideología de la independencia. En esto jugó un rol importante el Simposio de 1957 -del cual César fue uno de los animadores y secretario-organizado por el Instituto Riva-Agüero.

De la Puente: Fue por los diez años de la fundación del Instituto.

Cayo: Sí, fueron los diez años. Entonces, se organizó un Simposio Internacional en el que participó mucha gente. Dicho Simposio nos estimuló mucho. José Agustín animó a un grupo de sus discípulos -del cual formé parte- a hacer una bibliografía del tiempo precursor. Empezamos a leer a los precursores, y a fichar y reconstruir lo que hubiera sido una biblioteca de esa época.

Para César lo primero fue, pues, el tema de la independencia, a raíz de la temática de la historia del Perú en la vida de la Facultad de Letras.

Los temas ideológicos son importantes en su obra. Creo que él los tenía pensados desde muy temprano y los pensó un poco más en un trabajo muy brillante que hizo sobre la Sociedad Patriótica, cuando se incorporó a la Academia Nacional de la Historia. El discurso que leyó en la Benemérita Sociedad fue un trabajo realmente interesante. La gente se había olvidado, por ejemplo, de la Carta del Solitario de Sayán, que entonces se leyó de manera completa. César trabajó muy bien todo el debate de la Sociedad Patriótica, del problema de Monteaugudo y Sánchez Carrión.

Luego, los temas que trabajó fueron las personas o historiadores a los cuales se acercó mucho: primero José de la Riva-Agüero y luego Víctor Andrés Belaunde. César conoció y estuvo muy cerca de Belaunde. No sé si conoció a Riva-Agüero, que murió en 1944.

De la Puente: No, César no conoció personalmente a Riva-Agüero. César entró a la universidad en 1947. Me acuerdo de ello perfectamente por una razón personal: es el año en que comencé a enseñar.

Sardón: César recuerda eso en la semblanza que hace de usted, recogida en *Ensayos de simpatía*.

De la Puente: Sí, muy cariñoso, sí. En 1947 ingresó con una promoción integrada por gente que ha trabajado bastante en el campo universitario. Por ejemplo, Luis Alberto Ratto, que fue después profesor de Lengua en La Cantuta y en la Universidad Agraria; con Carlos Deustua, profesor de la Católica; y con Jorge Tovar, un historiador que después derivó a otras ocupaciones.

Cayo: ¿Macera es posterior?

De la Puente: Me parece que Macera es un poco posterior. En todo caso, él entró a San Marcos.

La preocupación de César por los temas de las ideas, las generaciones o las actitudes está muy ligada; a César le preocupaba la historia por vocación. Sin embargo, no era un profesional restringido, como esos casos de señores de quienes se dice que "conocen el problema de la tierra en el Cuzco", y aparte del problema de la tierra en el Cuzco, nada.

César era, en cambio, un hombre que tenía una vocación -casi diría una tentación- por las humanidades en general. A él le interesaba muchísimo la literatura. Era un gran lector de poesía, de ensayo, de novela. Y también le interesaban los temas ideológicos. No era el historiador profesional, el erudito seco que no sale de lo suyo. Creo que eso es muy importante para entender muchas de las actitudes de César en el tema histórico.

Sardón: Por eso hice la analogía con Isaías Berlín, que es un filósofo, un ensayista y un historiador al mismo tiempo.

De la Puente: Sí, así es, eso es verdad. César fue un ensayista. Si le pudiéramos preguntar cuál fue el género que más le gustó, creo que respondería que el ensayo. Pero un ensayo con aparato crítico; no el ensayo de creación literaria pura.

Sardón: César también practicó y ejerció mucho tiempo el periodismo, no sólo como articulista sino también como animador de publicaciones periodísticas.

De la Puente: Así es, parte de eso fue lo que Percy recordó. En la universidad él fue animador de una revista.

Cayo: *Gleba*.

De la Puente: César era un productor de ideas -si vale la expresión- y un animador intelectual. Era un empresario cultural. Descubría un tema y luego estaba atrás, empujando ese tema.

Sardón: Yo quería volver a lo que había dicho Percy, respecto de la interpretación de la independencia de Pacheco. En la semblanza que hace sobre usted, doctor de la Puente, hace una referencia a la influencia que usted tuvo en él en su visión de San Martín.

Sin embargo, por otro lado, él también tuvo la influencia de Víctor Andrés Belaunde en la visión de Bolívar. Podría decirse que él combinó ambos entusiasmos.

De la Puente: Sí, yo recuerdo el primer curso que dicté. Son esos recuerdos que uno tiene grabados; cuando uno comienza a enseñar, uno no se olvida de las primeras clases. Mi curso se acercó mucho al tema de San Martín, al proyecto monárquico, al problema de la formación del Estado, a todos esos temas. Lo hice con pasión y César me siguió. César era así; cuando estaba convencido de algo, se apasionaba y era un gran polemista.

En esa promoción, César fue el más completo en vocación universitaria. Él tenía una vocación universitaria profunda. Yo creo que eso podría sintetizar la vocación de César. No sólo la vocación por la Historia sino la vocación por la vida universitaria, por el quehacer universitario, por lo que es la universidad.

A él, tal vez, lo que le molestaba era la rutina universitaria. Él era lo menos rutinario posible y las instituciones necesitan un poco de rutina. Todos tenemos que ser, a la postre, un poco rutinarios. Pero él se rebelaba contra la rutina. Esa misma impuntualidad simpática que tenía era reflejo de esta actitud.

Creo que lo mejor que se podría resaltar, desde mi punto de vista, como elogio de César, en lo intelectual, sería esa vocación universitaria. Y lo que decía Percy de ese coloquio, ese Simposio sobre la Independencia, es muy cierto. A él le interesó mucho el tema del origen de la independencia.

Cayo: Yo quisiera añadir algo a los temas de César. Riva-Agüero, a quien César no conoció personalmente, lo llegó a conocer a fondo a través del estudio. César estudió a Riva-Agüero muy bien y fue, de alguna manera, un continuador de Riva-Agüero.

En su tesis doctoral, *La historia en el Perú*, Riva-Agüero se detiene en el año 1910, porque es entonces que la presenta. Las reflexiones que hizo en esa tesis sobre los distintos historiadores peruanos, desde los cronistas hasta los del siglo XIX, César las siguió haciendo. Las semblanzas de Jorge Guillermo Leguía, Jorge Basadre, Luis E. Valcárcel uno las puede reunir y ver que, de cierta manera, constituyen la continuación de la tesis de Riva-Agüero. En ese sentido, no solamente fue un seguidor sino un continuador.

Evidentemente, con Víctor Andrés Belaunde, la relación de César fue todavía mucho más estrecha. No es casual que él haya sido el animador de las ediciones de las *Obras completas* de Riva-Agüero y de las de Víctor Andrés Belaunde, de quien estuvo muy cerca personalmente. Él trabajó mucho lo que es la historiografía.

Su otro tema fue Lima. Dentro de éste, él también buscó una visión integradora, una visión sintética, lo que corrobora que fue un ensayista. Si alguna duda nos cabe, el título a este libro lo propuso César, *Ensayos de simpatía*, y yo creo que esto es muy significativo.

De la Puente: ¿Él propuso el título?

Cayo: Él mismo, en una sesión del Departamento de Humanidades propuso que ése sea el título y esto se ha respetado.

Sardón: La relación de discípulo que tuvo Pacheco con Víctor Andrés Belaunde fue muy intensa. César tenía una deuda con Víctor Andrés que se esmeró mucho en pagar. Pacheco va a ser el redactor de muchos de los escritos de Belaunde de sus últimos años, ¿no es cierto?

De la Puente: Víctor Andrés Belaunde descubrió -si es que vale el término- a César desde inicios del año 1947 ó 1948. Le tomó mucha simpatía y le tuvo confianza.

Víctor Andrés Belaunde tenía mucha confianza en los amigos. En el caso de César, fue una confianza bien correspondida. Cuando Víctor Andrés se iba a Naciones Unidas, dejaba una gran cantidad de hojas en blanco firmadas, para que, siguiendo sus instrucciones, se prepararan cartas.

César, inclusive, en muchos discursos corregía a Víctor Andrés, porque Víctor Andrés dictaba muy rápido y había, pues, algunas omisiones o repeticiones. Así, César, junto con Armando Nieto, era su corrector frecuente.

Sardón: Buena parte de los dos tomos de *Trayectoria y destino* los redactó César ¿no es cierto?

De la Puente: Sí. César estuvo muy cerca de la redacción final.

Cayo: Tratándose de memorias, eso es muy común. Guerrero, por ejemplo, redactó las memorias que le dictó Cáceres. También tenemos el caso de Guillermo Miller.

De la Puente: Sí, exacto. Y no por eso dejan de ser memorias muy personales.

A mí me parece que había una identificación entre los dos, Víctor Andrés y César. Eran humanamente muy parecidos, en el sentido de esa euforia vital que tenían.

Cayo: Y también en la labor de promoción intelectual.

Hace poco, conversando con Antonio Cisneros, me contaba cómo publicó sus primeros poemas en el *Mercurio Peruano*. Él no quería y fue César el que lo animó. Hoy día, Antonio tiene una presencia importante en nuestra poesía ¿no es cierto?

De la Puente: Una obra de sus últimos años, fue la restauración de la Casa de Osambela. Esa restauración se la debemos a él y a Pedro Benvenuto. La recuperación de la Casa de Osambela fue posible, en primer lugar, por Pedro. Pero César mantuvo con tesón esa idea.

Sardón: También le debemos la iniciativa de la colección *Clásicos del Perú* y el Premio Centenario, de periodismo, ambos auspiciados por el Banco de Crédito.

De la Puente: Además, él estuvo ligado a un proyecto viejo del año 1960, esa colección que hizo Hernán Alva.

Cayo: Fue la serie de biografías *Hombres del Perú*.

De la Puente: La introducción de César, a esas tres series de *Hombres del Perú*, sobre el hombre peruano en la historia, es excelente, es un trabajo muy bien hecho que plantea un orden teórico, la relación entre el hombre y la historia.

Ahí yo creo que Ortega fue una gran influencia para él, y lo dice César en algún trabajo. La influencia de Ortega fue muy grande.

Otro tema interesante de César es la influencia de lo español, el cariño a España. No era un cariño folclórico, ni cariño de turista, sino cariño por la vinculación histórica, por el

mestizaje nuestro. Nosotros somos, en parte, españoles.

Esto lo aprendió en el colegio de los jesuitas, en donde estudió, en la época en que ahí estaba un hermano Santos García. Era un excelente profesor de Historia del Perú, era un español que se quedó en el Perú muchos años y preparó unos textos de historia muy buenos, muy orientados a la tradición española naturalmente, y ganó a César hacia la visión hispanista de nuestra historia. Esta visión la confirmó César en la Católica, en la Facultad de Letras.

Cuando se fundó el Instituto de Cultura Hispánica, en 1947, él fue uno de los grandes promotores. Él siempre distinguía entre ser españolista e hispanista. Él fue hispanista, evidentemente, pero precisamente por ser hispanista era también un amante de lo indígena. Ésa es una faceta muy interesante en la personalidad de César.

Cayo: Sí, y tal vez esto lo lleva un poco dentro de esta comprensión de la historia nuestra que tenía- a estudiar a Riva-Agüero y a reivindicarlo. Hoy día ya se le recuerda a Riva-Agüero. El mismo Luis Alberto Sánchez ha dicho que no se puede hacer historia en el Perú, ni literatura sin pasar por Riva-Agüero. Sin embargo, durante algún tiempo hubo toda una corriente de negar el aporte de Riva-Agüero.

Sardón: La leyenda negra de Riva-Agüero ha durado décadas. Inclusive en la Universidad Católica, que tanto le debe espiritual y materialmente.

Cayo: En realidad, el gran aporte de Riva-Agüero, el de sus dos tesis, es fundamental. César encuentra, por ejemplo, la reivindicación del indio en Riva-Agüero. Riva-Agüero es anterior en el tema a González Prada porque en la primera edición de *Horas de lucha* no salen *Nuestros indios*, eso sale en la segunda. Riva-Agüero dice que el Perú no se redime sin el indio. Él realizó su viaje al Cuzco en 1912.

De la Puente: En 1912 no existía limeño que fuera al Cuzco, salvo el militar que era

trasladado, o quien era nombrado prefecto, o funcionario.

Cayo: Un gran señor como él, que llegaba al colegio en carroza y que sus compañeros lo veían mal porque la familia lo mandaba así, un día tomó una mula y caminó e hizo un viaje que no han hecho muchos.

Sardón: Ahora bien, si no queremos quedarnos en el panegírico, también sería bueno señalar los límites de la obra de César. Pienso que, quizás, el más notable que hay en su obra -incluso en su análisis de las generaciones- es una especie de desinterés por la dimensión económica de la realidad peruana ¿no es cierto?

De la Puente: Claro, tal vez él le tenía respeto al tema, pero no era un especialista en cuestiones económicas. Siempre lo sedujo más el tema ideológico puro. Por eso, el tema económico no lo trató de un modo directo. Eso es lo que nos pasa un poco a los que trabajamos historia y no somos economistas. Vemos que la economía es parte, es un elemento histórico, evidentemente, pero muchas veces no la atendemos de modo singular o en primer término.

Cayo: A César no lo veo, mayormente, en esa línea de preocupaciones. Cada historiador tiene sus preocupaciones fundamentales, por ejemplo, la historia diplomática, la historia marítima, la historia social, la historia económica ¿no? Él siempre tuvo una visión de una historia -como dice José Agustín- integradora. En su visión está todo, pero, claro, de repente algunas luces lucen más que otras.

De la Puente: Tal vez hay algo ligado a la primera formación de César, que es fuerte para todos. En los años 1940-1950, vivíamos un mundo muy ideologizado, muy polarizado. Entonces se vivía mucho no sólo la polarización marxismo-cristianismo, sino dentro de la posición cristiano-católica, en concreto. César vivía con mucha pasión esos debates. El fenómeno de la Democracia Cristiana italiana lo apasionaba. La vocación política de César es un tema

ligado también a ese carácter de humanista y polemista que tuvo.

Sardón: El fue militante de la Democracia Cristiana ¿no es cierto?

De la Puente: Sí, apasionado militante, sí. Fue de los fundadores, y fue fiel, digamos, al grupo inicial hasta su muerte. Fue candidato a diputado también, en alguna de las elecciones.

Cayo: Fue secretario de doctrina de la Democracia Cristiana. Él prologa algunos libros.

De la Puente: Una edición de una primera selección de discursos y textos de Cornejo.

Cayo: Sí, creo que son de Cornejo, definitivamente.

Sardón: Y creo que hasta el final se mantuvo cornejista.

De la Puente: Sí, se mantuvo en un cornejismo amistoso, más que político.

Sardón: Recuerdo que cuando lo vi por última vez en la clínica me contó que lo había visitado Cornejo. Estaba contento.

Cayo: Eso demuestra, pues, que no cambió, él mantuvo la posición que Cornejo tenía. Una posición un poco marginal dentro del partido.

Sardón: Otro tema, un poco delicado, en la obra de César es su relación con Jorge Basadre, que fue medio complicada ¿no? Fue a partir, justamente, de una nota de César en *Apuntes*.

Cayo: Yo creo que Jorge Basadre ahí, evidentemente, se equivocó cuando dijo que en Riva-Agüero no había preocupación por el indio. César tenía sus papeletas y demostró que, evidentemente, el indio no había estado ausente entre los temas de Riva-Agüero. César tenía

un ánimo polemista, no por la polémica en sí, sino porque le gustaba aclarar las cosas. En eso, a veces, la reacción del otro lado fue una reacción un poco exagerada.

Eso también le originó un problema con Luis Alberto Sánchez, que dice que César no había publicado las cartas completas entre Unamuno y Riva-Agüero. Le acusó de manipulación. Pero eso era absurdo.

En el caso de la preocupación por el indio en Riva-Agüero, César conocía muy bien ese tema. Antes ya había estudiado a González Prada y Riva-Agüero y había visto cómo Riva-Agüero se había adelantado a González Prada que, hasta donde tengo entendido, nunca hizo un viaje a la sierra. No pasó de Mala. En cambio, Riva-Agüero había trajinado la Sierra y para César eso era un testimonio muy importante. Entonces, sale en defensa de la verdad.

Sardón: Retomando el tema de la ausencia de la preocupación económica, lo que yo quería decir es lo siguiente: al explicar César el tema de las generaciones, no hace ninguna referencia a los procesos económicos que puedan haber influido en las actitudes generacionales, ¿no es verdad?

De la Puente: Sí, él va más al estudio de las mentalidades, del pensamiento, sí.

César manejó la generación en función de un gran asunto, no necesariamente una idea sino, por ejemplo, en el caso de la Generación del Novecientos, el impacto que tuvo todo el tema de la Reconstrucción. La generación no sólo ligada a una abstracción, a una idea así, aislada, sino a un fenómeno humano, a un fenómeno histórico.

Ello le llevó a descubrir, por ejemplo, la preocupación por el indio en dicha generación. Objetivamente, pues, Riva-Agüero y Belaunde trabajaron el tema andino mucho antes que la gente de la generación indigenista. Eso, que es obvio y casi resulta tonto decirlo, sin embargo, en general, no se acepta, y se sigue repitiendo -es un lugar común, no es una afirmación veraz, con fundamento- que en los años veinte se descubrió el tema del hombre andino. Falso. Veinte años antes que José Carlos Mariá-

tegui, ya Riva-Agüero y Belaunde estaban trabajando el tema del hombre andino.

Cayo: Respecto de las generaciones, creo que el tema lo trata César como nadie lo había hecho entre nosotros, en un trabajo publicado en *Ensayos de simpatía*. Él presenta esta periodificación de quince años en la que va ubicando personajes. Lo malo es que este trabajo todavía se encontraba a nivel de ensayo, como su nombre lo indica.

Sardón: Es casi un esquema ¿no?

Cayo: Claro, pero él pensaba que alguien, él mismo quizás, tenía que avanzar sobre ese esquema. Aquí se habla de la Generación del Novecientos, la Generación del Conversatorio Universitario y no hay más.

De la Puente: En este siglo, tendríamos sólo dos generaciones. Los hombres existen, existimos, pero no necesariamente pertenecemos a una generación. Una ubicación cronológica no es lo mismo que pertenecer a una generación. Después de la Generación del Centenario no es fácil identificar generaciones. Se piensa en la Generación de la Segunda Guerra, por ejemplo, pero no está claro cuál es la Generación de los Cincuenta.

Yo siempre pienso lo que habría sido de la historiografía peruana sin esas dos primeras generaciones del siglo XX. El Perú sería otro sin esas generaciones. Éstas han sido dos generaciones absolutamente capitales para la vida del Perú.

Sardón: Cuando se ha vuelto a hablar, otra vez, de generaciones es en la década de los años sesenta, a partir de la Generación del Sesenta, justamente Antonio Cisneros y compañía ¿no es cierto?

Cayo: Habría que buscar la temática común.

Sardón: Hay una temática de los años sesenta y, más todavía, una sensibilidad.

Cayo: ¿Cuál?

Sardón: Todos (casi todos) son izquierdistas en lo político. Es lo que dice César: la generación se define por su sensibilidad y, en este caso, todos (casi todos) son izquierdistas. Y creo que la explicación de esta cuestión va por el lado económico. Existe un autor norteamericano, Ronald Inglehart, que ha hecho una vinculación al respecto. Él sostiene que la gente que empieza a actuar históricamente en un momento de crisis económica, va a tener actitudes conservadoras o, si se quiere, materialistas. En cambio, los que aparecen en época de bonanza, van a tener actitudes que él llama post-materialistas.

Este esquema funciona muy bien para la generación del novecientos, que aparece en un momento de crisis: son, por tanto, conservadores. En cambio, la generación de Mariátegui aparece en la *belle-époque*. Son postmaterialistas, al igual que la generación de los años sesenta, que aparece en pleno boom de la economía: el final de los años cincuenta.

De la Puente: Es interesante la explicación, pero en todo caso esa generación del sesenta no tiene la identificación tan clara como las otras dos. Para el ambiente universitario común, ella todavía no está muy identificada ¿no? Podría ser la de los hombres que hoy día tienen entre 35 y 50 años.

Sardón: En historia, Alberto Flores Galindo quizás es el representante más notable de esa generación. Después, en los años ochenta, viene una reacción conservadora, fruto de la crisis económica.

De la Puente: En función de determinados personajes, se habla de la generación de 1830, la generación de Miguel Grau y de Ricardo Palma. Pero son generaciones que en su día no tuvieron una vivencia de generación, que sí la hubo en el caso de la Reforma y en el caso del Novecientos.

Es muy fácil armar generaciones *a posteriori*. Muchas veces en clase nosotros decimos

"fulano, pertenece a tal generación" y Dios sabe si esa generación se vivió en su día ¿no?

Sardón: Sin embargo, la misma Generación del Novecientos estaba muy dividida. Luis Fernán Cisneros fue muy crítico de Riva-Agüero, ¿no es cierto?

De la Puente: Cisneros fue crítico de Riva-Agüero, pero no en el momento central de la vida intelectual de la generación, sino cuando Riva-Agüero fundó el Partido Nacional Democrático.

Ahora, evidentemente, en las generaciones, más que la cronología afín lo que importa es la idea común. Hay hombres que pertenecen a las mismas fechas pero no se sienten parte de una generación. Éste es el caso de Tello, por ejemplo, quien era de la Generación del Novecientos y era amigo de Riva-Agüero: sin embargo, no estuvo identificado plenamente con lo que fue todo el fenómeno común del novecientos.

En el archivo del Instituto Riva-Agüero hay correspondencia interesante de ambos; dialogaban muchas veces -entre broma y seriodiciendo que, entre los dos, podrían tener la edición completa del Perú. Uno aportaba el testimonio de las Crónicas, y el otro el testimonio de los restos materiales de la arqueología; así podrían coordinar muy bien la imagen de la Historia del Perú.

Cayo: El caso de Luis E. Valcárcel es también parecido al de Tello. César descubre que no está bien ubicado en la Generación del Novecientos.

De la Puente: El caso de Luis E. Valcárcel es muy interesante. Luis E. Valcárcel y Riva-Agüero pensaban muy distinto frente a temas fundamentales de la historia del Perú. Sin embargo, fueron grandes amigos. Ése es un tema muy interesante y creo que en César también interesa recordarlo: el valor de la amistad, la amistad aparte de las coincidencias intelectuales. Por ejemplo, Luis E. Valcárcel en sus *Memorias* recuerda a Riva-Agüero con mucho afecto.

Cayo: Ellos se conocieron en el Cuzco y, luego, en Lima. Riva-Agüero lo recibió en Chorrillos y fueron amigos íntimos no obstante sus diferencias. Riva-Agüero alojó y presentó a Luis E. Valcárcel en Lima. Eso nunca lo olvidó Valcárcel.

Uno de los recuerdos que tengo de don Luis E. Valcárcel -que es una gran figura- es cuando yo asistí a algunas de las primeras sesiones de la Academia de la Historia. En esos momentos, me había hecho a la idea de lo que comúnmente se lee, que Valcárcel tenía que ser enemigo de Riva-Agüero. Sin embargo, hizo un elogio de Riva-Agüero.

Ambos tenían distintas visiones de la historia del Perú, pero había un respeto humano, una consideración que, realmente, a veces se pierde. Otras generaciones de repente no han mantenido ese estilo.

De la Puente: Así es, ese caso es muy simpático, la amistad no como una suma de coincidencias. Qué diferente a esa tentación que hay en el mundo actual: el señor que piensa distinto no es mi amigo.

Cayo: Qué fácil es ser amigo con el que hay coincidencias.

De la Puente: Es que en el fondo muchas veces no es amistad, sino es el interés de defender una idea en común. Hay un ejemplo sobre este tema. Siempre pienso en él y me apasiona; es el caso de Riva-Agüero y José Gálvez.

Riva-Agüero y José Gálvez fueron hasta la muerte íntimos amigos, y en política, en temas religiosos, en visión de la historia inmediata del Perú, pensaban distinto. Yo recuerdo cuando le dio el ataque al cerebro a Riva-Agüero, y estaba moribundo en el Hotel Bolívar; José Gálvez lloraba sentado en una silletita en el pasillo del hotel. El discurso de José Gálvez, en el entierro de Riva-Agüero, es un elogio a la amistad. Él desarrolla ahí esa idea: cómo la amistad verdadera no es la de los incondicionales. El incondicional muchas veces no es amigo.

César entendió muy bien los valores humanos que había en Riva-Agüero, ¿no es cierto? Ese valor de honestidad, de sinceridad

y respeto al amigo. Riva-Agüero era un gran amigo, un hombre muy cordial y muy amplio, pero era también muy firme en defensa de las ideas en las cuales él creía.

César fue, además de un historiador erudito y competente, un hombre que tuvo una visión del Perú. Hay muchos historiadores que pueden ser excelentes en sus conocimientos, pero no tienen una visión global del país. César fue un apasionado de ese tema, yo creo que ése es un punto interesante en él. El Perú como tema histórico.

Sardón: Él desarrolló muy bien la idea de Víctor Andrés Belaunde del Perú como síntesis viviente.

De la Puente: Exacto. El tema de los valores, César lo captó y lo desarrolló muy bien.

Sardón: Lo que es interesante, respecto a lo que usted decía sobre la simpatía y la amistad como valores que tenía César Pacheco, es que eso se transparenta en su prosa. Se trata de una prosa de frases largas y elegantes. No tienen lo que podríamos llamar una estructura gramatical agresiva. Es una prosa envolvente ¿no es cierto? César era un excelente prosista.

De la Puente: Un excelente prosista, sí, con alguna originalidad, con una forma muy grata.

Cayo: Era un gran orador también. Yo lo recuerdo por el Bicentenario de Bolívar; en el Congreso del año 1983 en Cartagena, los colombianos habían convocado a muchos extranjeros. César fue ungido por unanimidad para contestar en nombre de todos los invitados, incluyéndose europeos y asiáticos.

Yo recuerdo después que Belisario Bencourt, ya en *petit comité*, elogió el discurso de César. Ése no fue un discurso preparado aquí en Lima, con el apoyo de su biblioteca. Cuando uno sale al extranjero y le piden un discurso, resulta muy complicado prepararlo. Sin embargo, la improvisación de César fue un muy buen discurso.

Yo reconozco que caí en el tema de Bolívar gracias a César, hace años cuando pre-

paramos juntos una ponencia. Él reconoce en San Martín virtudes y en Bolívar también. No es excluyente: esa cosa de que si yo soy bolivariano tengo que despotricar de San Martín, y viceversa. Él encuentra virtudes y defectos en ambos y creo que es un poco la suma de la vida de la gente ¿no es cierto?

De la Puente: En eso hemos ganado mucho desde los años cincuenta. Hoy día todos vemos las virtudes de los dos. No por admirar a uno vamos a censurar al otro. Se ha ganado mucho en objetividad.

Sardón: En general, él tenía puesta una actitud, siempre estaba buscando lo positivo de la gente. Es un poco lo contrario de quien ya sabemos, que en su prólogo de su principal obra se dedica a hablar mal de todos ¿no es cierto?

Cayo: Sí, de quien ya sabemos. En cambio, César tenía una capacidad para buscar lo positivo en cada persona; por eso, él no encontraba excluyente su admiración a la rama hispana y a la rama indígena. Las integraba, como lo hizo Riva-Agüero, como lo han hecho lo mejor de la historiografía peruana.

Hoy día, felizmente, estamos viviendo otras épocas. Pero hace cuarenta o cincuenta años la cosa era terrible. Si uno decía algo bonito de España, uno era hispanista, franquista, etcétera. Y si no, uno estaba al otro lado. César siempre se mantuvo en un equilibrio. Además, él polemizó en esos temas, no los dejó de lado, aun en las clases. En La Cantuta, por ejemplo, él era un profesor que a veces los alumnos no entendían, pero él mantuvo siempre su posición.

De la Puente: Ese afán de la dicotomía como algo necesario, como una visión deportiva de la historia. Tenían que armarse dos equipos; si uno era bueno, el otro era malo, necesariamente.

Sardón: Pero eso se ha mantenido mucho hasta hace poco. En muchos historiadores marxistas relativamente jóvenes hay eso.

Cayo: Bueno, toda visión marxista -o que parte del marxismo- es una visión dicotómica.

Sardón: De conflicto.

De la Puente: Que crea la dicotomía.

Cayo: En todo, eres bueno o malo, burgués o proletario, explotador o explotado. No hay término medio, la dicotomía no es extraña. Yo creo que tal vez hoy día las nuevas generaciones van a tener una visión distinta ¿no es cierto?

De la Puente: Ahora, esto lo vemos mucho más claro hoy en la universidad. Sin embargo, en los colegios, en muchos ambientes escolares, aún se sigue con la enseñanza del bueno y del malo.

Cayo: Es una enseñanza más fácil, desgraciadamente.

Sardón: Y donde ahora se cultiva mucho eso, más que en el Perú, es en España. En España están con el complejo de culpa y en los Estados Unidos también, hay muchísimo de eso. La teoría de la dependencia, que acá fue popular en los años setenta, ahora es popular en Estados Unidos, en el ambiente académico -especialmente, de Ciencia Política. Hay un tal Ronald Chilcote, por ejemplo, que es más o menos popular y que está en esa línea. Ellos tienen mala conciencia. ¿Por qué será esta actitud?

De la Puente: Yo creo que en el caso de España es un fenómeno político. No sé si estamos de acuerdo. Es absurdo identificar hispanidad con Franco porque en el gobierno de Franco se promovió el tema de América. Se promovió la vinculación de España y América y se promovió la hispanidad con el famoso libro de Maeztu.

Inclusive, es absurdo que hoy día, en España, al Instituto de la Cultura Hispánica -con una historia tan interesante y de tanto servicio en América- se le haya cambiado de nombre, porque a la palabra 'hispánico', al calificativo 'hispánico' le han dado un contenido

político. De ahí viene ese sentimiento de culpa y ese afán de pedir perdón, ¿no es cierto?

Cayo: César estuvo muy en contra de eso. Yo lo recuerdo aquí, en una charla respecto a si aquel que quiere restaurar Lima es porque es un conservador. No, si uno quiere reconstruir Lima, está más allá de que uno tenga una posición política u otra.

Los temas históricos, eso lo sabemos experimentalmente, son muy fáciles de ideologizarse. Hacer la historia del presente es terrible porque el presente está demasiado politizado.

Sardón: Hay algunos que dicen, tan afectados, que es como que estuvieran emitiendo un juicio científico, que ahora no se vive un momento constitucional. Sin embargo, ¿quiénes son ellos para decir eso? Son historiadores del presente.

Cayo: En algún momento, en el Perú se ha querido negar el aporte de Jorge Basadre porque había sido ministro de Prado, por ejemplo. Si yo leo a Basadre, no puedo estar pensando si fue ministro de un señor o que no fue ministro de otro señor. A Basadre se le llegó incluso a pretender señalar como no peruano, que era no peruano porque había nacido en Tacna ocupada.

De la Puente: ¿Y no se dijo que había cambiado, corregido la primera edición de la *Historia de la República*?

Cayo: Así es, "la cambió para ser ministro", dijeron.

De la Puente: Ese caso de Jorge Basadre siempre lo elogio como un caso interesante de servicio al país. A él le costó mucho aceptar el Ministerio de Educación. Pero lo hizo porque pensaba que podía servir al Perú.

Y en Manuel Prado también es interesante, claro, que llamara a un hombre que había escrito contra su padre. Fue un caso en que los dos lados actuaron con una visión peruanista, por encima de sentimientos muy respetables en el orden personal.

Sardón: Pienso que en el Perú actual César hubiera tenido mucha vigencia. Después del año 1989, estamos ya más allá, definitivamente, del marxismo. Sin embargo, César muere en el mes de mayo de 1989.

Cayo: Sí, no alcanzó nada de esto. César vivió con angustia el hecho de que FREDEMO no pudiera ganar. Eso era un tema que lo tenía muy preocupado.

Sardón: La caída del Muro de Berlín, es posterior a su muerte. Ocurre entre octubre y noviembre del año 1989. Eso cambió al mundo. En términos generales, él hubiera calzado muy bien en este nuevo ambiente. Sin embargo, hay algo en lo que no hubiera calzado muy bien y es que él tenía un estilo refinado, que no va mucho con el "fujimorismo" de nuestros días.

Cayo: No era tan informal, a pesar de que José Agustín ha dicho que era poco formal para la puntualidad, no era tan informal como Alberto Fujimori.

De la Puente: Tenemos que ver aquí qué entendemos por "fujimorismo".

Sardón: Descuido de las formas.

Cayo: Bueno, eso nos angustia a todos, en mayor medida a los que trabajamos historia y a los que no lo hacen también. Ésta es una fase extraña de la historia del Perú.

De la Puente: Aunque entremos al tema de la historia del presente, creo que hay en todo esto un aspecto interesante. Hoy el Perú se muestra como una sociedad que tiene vida, que tiene dinamismo, que tiene movilidad.

El otro día, en una discusión entre profesores de historia, todos eran pesimistas. Yo era, tal vez, el más optimista del grupo; señalé cómo la sociedad peruana, en los últimos años, da muestras interesantísimas de vida y de dinamismo social y cómo hay sectores sociales que estaban, pues, muy lejos de la dirección del país y hoy día están en la misma conducción. Eso es bueno, con inteligencia y contenido ético.

Sardón: Así es, hay una gran movilidad social.

De la Puente: Exactamente. La observación que salió en algún periódico que decía: "Yo no conozco a ningún ministro", es totalmente frívola. Yo diría: en buena hora que no los conozca, porque eso prueba que el país crece y se enriquece con nueva gente.

Sardón: La sociedad peruana es mucho más abierta que la colombiana, por ejemplo. Ahí todos son Restrepo, Betancourt o Gómez. En Chile, los candidatos ahora son Frei y Alessandri, los mismos apellidos de hace décadas.

Cayo: Un Edwards fue precandidato.

De la Puente: Eso puede ser simpático como tradición histórica. Pero lo otro es muy importante también. Lo que vivimos hoy día en el Perú. Yo creo que eso es muy interesante. No hay cosa peor que una sociedad anquilosada, inmóvil.

Se habla tanto de que en el Perú hay injusticias. Evidentemente, sería un absurdo negarlo. Pero es muy interesante que hombres que han nacido en ambientes muy modestos hayan podido llegar a los medios más altos del país. Eso prueba que, no obstante las deficiencias de nuestra sociedad, hay riqueza espiritual. Esto hay que verlo, más allá de la política, como un fenómeno muy interesante de la historia.

Sardón: César Pacheco Vélez hubiera comprendido muy bien esto porque era muy demócrata, él era muy abierto. Él tenía una sensibilidad un poco aristocrática, como toda sensibilidad verdadera, pero, por otro lado, era muy democrático en sus ideas.

De la Puente: Riva-Agüero se molestaba cuando le decían plutócrata. "Yo no soy plutócrata, soy aristócrata", respondía, en el sentido de que la aristocracia debe ser entendida como misión, como actitud de servicio, como responsabilidad, no como búsqueda de privilegio. Un poco lo que está en el Evangelio, la "parábola de los talentos".

Por ejemplo, Riva-Agüero vivía una profunda responsabilidad social. Él sabía que

tenía más que otros, pero eso lo usaba no como regocijo egoísta sino para servir a los otros.

Sardón: Además, tenía una visión del Perú de liderazgo continental ¿no es cierto?

Cayo: Así es. Por eso su simpatía por la Confederación y esos temas.

De la Puente: Riva-Agüero, en un texto, dice que la solidaridad continental siempre ha sido una declaración lírica o un sarcasmo. El Perú tiene -por su historia y por su geografía- oportunidades extraordinarias para invitar a una política de concordia con todos sus vecinos. No debemos olvidar, pero tampoco podemos vivir alimentando rencores.

Si Riva-Agüero viviera ahora, lucharía por una posición rectora del Perú, pero no como fruto de una hegemonía, sino de una dirección y un orden histórico e intelectual.

No sé cómo César habría visto ese tema, pero yo creo que es uno de los grandes retos del Perú actual: una política internacional apoyada en todo lo que nos una en nuestros países.

Cayo: Debemos también recordar a César como un animador cultural. Él tuvo esa pasión por la cultura. Es uno de los pocos que le vende al Banco de Crédito -y venderle a un banco es, por cierto, un poquito difícil- la idea de una conmemoración distinta de su centenario. Los convenció de realizar la Colección que realmente es importante y que pareciera que se ha detenido.

Cuando se instala el Patronato de Lima, ya Pacheco había muerto, pero se le rinde un homenaje. Él fue uno de sus gestores. Hoy día se va a reconstruir la Casa de las Columnas. Eso era casi una manía de César, había que salvar la casa porque daba "la perspectiva de la calle de la Veracruz".

Perú promesa es un libro en el cual se ha reunido a muchos autores. Yo sé que nuestra universidad tiene convocatoria, pero también la tuvo César, que fue el intermediario.

En el Premio Cosapi, que va caminando, César estuvo desde el primer momento entre los animadores. Tal vez él fue de los primeros que tuvieron la idea del Premio.

Yo quisiera recordarlo ahora, como lo recuerdo siempre, con mucho afecto. En el aspecto académico, hay que rescatar algo que es su calidad docente. En Piura se le recuerda como un brillante profesor, ameno, erudito cuando debía ser erudito, reflexivo, convocador de vocaciones. Yo creo que realizó un magisterio. Aquí en la universidad, no hay alumno que no lo recuerde con cariño, en esas materias tan distintas que son Historia Crítica del Perú y Literatura. En eso fue más parecido a Riva-Agüero que a Víctor Andrés Belaunde. Caminó con gran seguridad por la literatura y, especialmente, por la raíz hispana de la nuestra. La literatura española para él era muy importante y ocupaba en su biblioteca un lugar importante.

De la Puente: Él fue un creyente en el Perú, pero no en el sentido retórico, sino en el sentido más profundo. Un creyente con fundamento, un convencido de la capacidad integradora del país, un convencido por el conocimiento que tenía de la historia. Yo creo que ése sería, tal vez, su aporte.

Yo creo que eso eleva su calidad de amigo, y la calidad de sus actitudes humanas tan ricas. Lo más interesante de la calidad que él tenía era su poder para suscitar vocaciones; era muy convincente. Transmitía entusiasmo. Animaba, estimulaba, alentaba todo lo que era trabajo intelectual.

Sardón: Muchos de mi generación podemos dar fe de ello.

Cayo: Sus últimos años, habría que recordar, fueron muy intensos. Va a España; prepara el libro *Memoria y utopía de la vieja Lima*, con ese gran fotógrafo Méndez, un trabajo realmente muy valioso; *Perú promesa*; los proyectos del Centenario del Banco de Crédito; Osambela. Sus últimos tiempos fueron de un vertiginoso trajinar en muchos temas, como que intuyera que no iba a poder terminar muchas cosas. Este libro, *Ensayos de simpatía*, es uno de los últimos encargos que él hizo en el Departamento. Dejó los originales, y ahí está el libro -y el motivo que nos ha convocado a esta conversación.